

ALFONSO REYES

ESCRITOS A LA
MUERTE DE
MI PADRE



 EL COLEGIO
DE MÉXICO

CE
M868.4
R4572e



Fecha de vencimiento

Fecha de vencimiento	

DONATIVO
EL COLEGIO DE MEXICO, A.C.
DIRECCION DE PUBLICACIONES

ALFONSO REYES
ESCRITOS A LA MUERTE DE MI PADRE



ALFONSO REYES

ESCRITOS A LA
MUERTE DE
MI PADRE



OE/M868.4
R4572e

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Biblioteca Daniel Costo Villegas
EL COLEGIO DE MEXICO A.C.

Ilustraciones de Emiliano Gironella

Primera edición, 2014

Edición no venal

D. R. © EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C.

Camino al Ajusco 20

Pedregal de Santa Teresa

10740 México, D. F.

www.colmex.mx

Impreso en México

150307/121

NOTA PREVIA · 9



DÍAS ACIAGOS · 13



1912-1914 · 19



CARTA A MARTÍN LUIS GUZMÁN · 21



ORACIÓN DEL 9 DE FEBRERO · 33



9 DE FEBRERO DE 1913 · 51



NOTA PREVIA

A mediados del siglo xv, el poeta español Jorge Manrique escribió sus célebres Coplas a la muerte de su padre. Dichos versos van a contramarcha de la mayor parte de la tradición literaria mundial, pues los escritores varones suelen dedicar su escritura a sus mujeres amadas, ya se trate de esposa, amante, novia o madre. Junto a Manrique, otra excepción notable fue la de Montaigne. Ahora bien, limitándonos a México, son muy conocidas las doloridas páginas que José Vasconcelos escribió por la muerte de su madre en el Ulises criollo. En cambio, su contemporáneo y amigo Alfonso Reyes dedicó numerosas páginas a su padre, el general Bernardo Reyes, muy influyente porfirista. Sus escritos sobre él fueron siempre laudatorios o dolidos. En efecto, su fallecimiento, al inicio del cuartelazo de febrero de 1913 contra el presidente Madero, fue el “parteaguas” definitivo en la vida del escritor.

*Esta pequeña muestra —sería pretensioso llamarla antología— incluye los principales textos de Alfonso Reyes sobre la muerte de su padre. Quedaron fuera otros, especialmente el aún poco conocido Mi óbolo a Caronte, rescatado no hace mucho por el estudioso Fernando Curiel.**

Como complemento de estos textos, la presente plaquette incluye seis dibujos del talentoso artista mexicano Emiliano Gironella, en los que nos transmite el mismo ánimo pesaroso que caracteriza a estos textos fúnebres de Alfonso Reyes.

El Colegio de México hace esta edición para conmemorar los 125 años del nacimiento del escritor, en 1889, quien fuera su primer presidente y gran animador, así como los 55 de su deceso, acaecido en 1959.

JAVIER GARCIADIEGO

* El texto, desgraciadamente incompleto, no era conocido cuando se editaron sus *Obras completas*. Recuperado y analizado por Curiel, fue publicado en 2007 por el INEHRM.





✠ DÍAS ACIAGOS ✠

México, 3 de septiembre de 1911



ESCRIBO UN SIGNO FUNESTO. TUMULTO POLÍTICO en la ciudad. Van llegando a casa automóviles con los vidrios rotos, gente lesionada. Alguien abre de tiempo en tiempo la puerta de mi cuarto, y me comunica las últimas noticias alarmantes que da el teléfono. Por las escaleras, oigo el temeroso correr de la familia y los criados. Pienso con fatiga en mi madre enferma y en mi hermana viuda, Amalia, y hago ejercicios de serenidad, esforzándome para que los rasgos de mi pluma sean del todo regulares. Bettina, pensando en Goethe, solía recordar la sentencia de David: “Cada hombre debe ser el rey de sí mismo”.

Atmósfera impropicia (¿o propicia?) a mis ejercicios espirituales. ¡Y estos días estaba yo tan enamorado de los análisis minuciosos y lentos! Goethe —lleno estoy de su recuerdo estos días, seguro que la observación amorosa de las particularidades de cada objeto y los matices de cada idea es el principal secreto de su poesía.

Horas después. Me voy habituando a la incomodidad. Hay escándalo —me digo—. Así es el mundo: así está hoy la naturaleza. ¿Cae la lluvia? Se moja uno. ¿Caen tiros? Pues imagino que éste es, por ahora, el escenario natural de la vida.

Hace más de un mes que estamos así. Aun las mujeres de casa tienen rifle a la cabecera. El mío está ahí, junto a mis libros. Y éstos —claro está— junto a mi cama. Los libros ahuyentan la visita de toda esa gente estorbosa. Hasta aquí sólo llegan los que deben llegar.

Tengo tres ventanas: dos al jardín, y otra a la calzada del coche. Frente a ésta, una pared de ladrillos, vestida de verdura.

Sobre la pared, apenas asoman la cabeza algunas casas, y unos árboles caprichosos que, por la mañana, al abrir los ojos —como la ventana da al sur—, me parecen, sobre la luz verde del cielo, masas de humo suspendidas en el licor de la madrugada.

Mis otras dos ventanas, las del jardín, casi no tienen horizonte o fondo lejano, pero sí un grato primer término: dan vista al jardín, espeso de árboles, con el claro parpadeo del estanque; la cochera al fondo, las caballerizas y el *garaje*. También puedo ver la caseta interior de la servidumbre, ahora ocupada por rancheros y rifleros del norte, gente leal que ha querido a toda costa custodiar de cerca a mi padre.

En el jardín hay unos gansos, que suelen disparar su gritería salvaje entre la noche, y casi siempre al amanecer. Yo hablo con ellos, chascando la lengua de cierto modo. Me responden, y se acercan renqueando. Llegan hasta debajo de mi ventana, rechinando a su modo y arrastrando el vientre sobre las alfombras de violetas. Son lerdos, cierto; pero, como dice Rodin, *ils ont la ligne*.

Dos enredaderas logran trepar hasta mis ventanas, y casi entran a visitarme (¡oh, Clara d'Ellébeuse!): una madreselva —sí, Gustavo Adolfo—, una madreselva tupida y floreciente; y la otra, una enredadera de hojas anchas frescas. Con ellas llega hasta mí un mensaje directo de la tierra negra de abajo: les ayudo a entrar, las estímulo; deshago sus ovillos vegetales, y oriento sus hilos hacia adentro. Me figuro que echo la escala, y mis enamoradas, las dos trepadoras, suben a mis ventanas.

Mi interior. Mi gran estante de libros y la escalerilla de mano; mis dos mesas de oloroso cedro; mis viejas y cómodas butacas. Pero sé que mi estancia ha de ser transitoria, y la casa misma me es ajena.*

* Era la casa número 44 en la calle de las Estaciones. De entonces data mi poema "Cena primera de la familia dispersa" (*Huellas*, México, 1923,

Horas después. El piso bajo (puertas abiertas, sesión permanente, desfile de la política, pelea, tumulto Caballeros de la Orden de la Última Gota de Sangre, como yo les llamo) ha triunfado al fin sobre el piso alto, donde se refugia la familia. Mis hermanas han bajado. La excitación ha ganado al fin toda la casa.

Todos van llegando, y cada uno cuenta una historia, pero mi padre todavía no regresa. Dicen que la multitud ha sitiado la casa de los manifestantes. En vano he intentado hablarle por teléfono. Logro comunicarme con el presidente De la Barra, y le hago saber lo que me dicen: que al fin los manifestantes han roto el sitio, y se dirigen, en busca de seguridades y garantías, al Castillo de Chapultepec. Se lo aviso para que disponga las medidas de protección. Aunque parezca usado, me tocaba hacerlo: soy el mayor de los varones que han quedado en casa.

Gran movimiento en las habitaciones y en el jardín. En la azotea de enfrente hay hombres armados. Grupos de policía en las esquinas. Yo tengo un puesto fijo, un refugio en el desván, desde donde puedo ver sin ser visto y, si llega el caso, hacer fuego. Tengo cierta experiencia. Esto se ha vuelto una verdadera fortaleza, y no quiero ni que vengan los amigos a saludarme, por el temor de que se queden encerrados en casa. Cada semana, cada domingo, se repiten estas inquietudes, si bien la de hoy es más acentuada.

Mi padre ha llegado al fin. Como está ileso, ya no oigo nada; no quiero saber nada. También he alzado otra fortaleza en mi alma: una fortaleza contra el rencor. Me lo han devuelto. Lo demás no me importa.

Vuelvo a mi habitación. Todo tiene aquí una luz distinta. Cierro mi puerta; y eso y lo otro y aquello se quedan fuera sin remedio.

pp. 136-139), muy corregido ya después de su primera aparición, como sucede con casi todas mis poesías (*Obra poética*, 1952, pp. 38-42).

Todavía después. Tregua de dos o tres horas en que pueden salir de casa. Es de noche. Hay mucha gente y mucho ruido. Me he acostumbrado a no hacer caso de alarmas. Cuando me dicen que tenga mi arma preparada, me parece que estoy jugando a la guerra.

Abajo, todo es contradicciones. Uno asegura que vienen dos mil hombres. Otro, que doscientos. Pierdo la paciencia y el tiempo, y engaño mi amargura encerrándome a escribir —a escribir por escribir; “como cosa boba”, decía Santa Teresa.

Son cerca de las diez de la noche, y dos horas y media que nos están diciendo: “¡Que llegan!”

Un rato de conversación con mi madre: buena falta le hace que la distraigan.

7 de septiembre

ENTRE ESTE PELIGRO, ESTA PRESIÓN DE SOBRESALTOS, entre estos imperiosos deberes de guardar la casa a mano armada, ¡una carta convidándome a ir a Italia! Un sabio, un hispanista de Italia, Farinelli, me escribe desde Hungría, donde ha recibido mi primer libro, *Cuestiones estéticas*. Poco después, Boutroux, el filósofo, me escribiría desde París, preguntándome si alguna vez nos veríamos para discutir juntos sobre los temas de mi libro. ¡Si supieran, si supieran los europeos! Mi emoción es muda. Espero, para contestar, a que pasen los días fatales: el 15 y el 16 de septiembre. Si salgo con vida, les contestaré en qué momentos me han llegado sus cartas.

¿Y si entraran a saco en casa? Veo mis libros y mis papeles dispersos.

¡Y esta jaqueca constante, igual! ¡Y el sueño agitado! ¡Y el ruido de anoche, en las caballerizas, que parecía que estaban alzando una pirámide!

¡Ay, viajes a Italia, a Francia! ¡Compañía de sabios europeos!
Apago la luz. Sea lo que ha de ser. ¿Está el rifle junto a la cama? Sin el seguro.

Noche del 15 de septiembre

ESTÁBAMOS AMENAZADOS DE MUERTE. ASÍ SE PAGA EL PECADO de hacerse amar un día por el pueblo. Hice inventario y memoria de asuntos pendientes, manifestación de últimas voluntades. ¡Qué aguda alegría considerar con desinterés las cosas, eliminando todo apetito personal, prescindiendo completamente del yo! ¡Qué viento fuerte y nutritivo de “aerostación mística”! Mi alegría, mi extraña alegría, sin duda irradiaba de mí. Porque mi esposa, leyendo sobre mi hombro lo que yo redactaba, también tenía un vago contento. Gustosa cosa llegar a los saldos de las cuentas. La vecindad de la muerte tiene sus encantos, su bienestar.

Cerca de las ocho de la noche. Abajo, los amigos, armados. Se espera eso para después del “grito”, después de medianoche. Estoy alegre. Y tal vez no creo en el peligro.

Todas las mujeres de la familia dejan la casa por la tarde: es la “orden general de la plaza”. Sólo quedamos aquí los hombres. A mi madre le he confiado mis manuscritos.

16 de septiembre

ANOCHE DORMÍ MI MEJOR SUEÑO. NO PASÓ NADA. NOCHE del mismo día. Pasamos el día acuartelados. Sin novedad en la plaza.

Leyendo, y conversando con mi hermano menor, Alejandro, que tiene la virtud de llevarme el genio.

Llueve. Echo ya de menos mis papeles.

Hay mucha gente en casa, pero todos parecen, hoy, tranquilos. Dicen que se abrieron las Cámaras sin escándalo.

Salí a saludar a mi madre. Tenía una alegría —¿cómo lo diré?— de persona avezada: mujer de guerrero al fin.

Recogí mis papeles, y pasé al cuaderno estos apuntes, acaso inútiles. 🍁



ESPUÉS DE LEER LAS PÁGINAS ANTERIORES se comprenderá fácilmente mi estado de ánimo por aquellos días. Hay cosas que no me gusta explicar. Harto hago con levantar un poco el velo.

Ya se sabe lo demás. Pasó el tiempo. “Eso” cada vez se puso peor. Nació mi hijo.

Llegó la Navidad de 1912, la rendición de Linares. El pobre oficial de guardia no daba crédito a sus ojos. ¡Había sido “pica-dor” de mi casa, amansador de nuestros caballos en Monterrey! Llorando y casi de rodillas, le pedía a su prisionero voluntario que no se le entregara a él, que se fuera a otra parte.

Lo demás no puedo contarlo, aunque queda en el recuerdo de todos. Cuando vi caer a aquel Atlas, creí que se derrumbaría el mundo. Hay, desde entonces, una ruina en mi corazón.

¿Podía soportar tanta sangre y tantos errores? Mi dolor fue tan despiadado que ni siquiera quiso ofuscarme. Mi hermano aceptó en mala hora un sitio en el Gobierno, y no pudo emanciparse a tiempo como tanto se lo pedí. También, en compañía de Pedro Henríquez Ureña, me atreví a pedirle a Enrique González Martínez, y también en vano, que dejara la subsecretaría de la Instrucción Pública (como se llamaba todavía entonces). Yo renuncié a la secretaría de Altos Estudios. Huerta me convidó para ser su secretario particular. Le dije que no era ése mi destino. Mi actitud me hacía indeseable. Me lo manifestó así en Popotla. Adonde me había citado a las 6 de la mañana y donde todo podía pasar. Yo me presenté lleno de recelo y en vez de aquel Huerta campechano y hasta pegajoso (a quien yo me negaba ya a recibir meses antes en el despacho de mi hermano, porque me quitaba el tiempo y me impacientaba con sus frases

nunca acabadas), me encontré a un señor solemne, distante y autoritario.

—Así no podemos continuar —me dijo— la actitud que usted ha asumido...

Me apresuré a presentar mi tesis para recibir el título de abogado, me dejé nombrar secretario de la Legación en París, y al fin consentí en salir de México, el 10 de agosto de 1913, a las siete de la mañana, por el Ferrocarril Mexicano. Además de mi mujer y mi hijo, me acompañaron hasta el puerto mi madre y el tío Nacho [...] 🍷

✠ CARTA A MARTÍN LUIS GUZMÁN ✠

17 de mayo de 1930. Río de Janeiro

Mi querido Martín:



EN MI EJEMPLAR DE *LA SOMBRA DEL CAUDILLO*, ¡que al fin me llega!, encuentro esta dedicatoria, de que no quiero hacerme desentendido:

“Para mi querido Alfonso Reyes, cuyo nombre —de claros destellos— no merece figurar en el escalafón del bandidaje político que encabeza el traidor y asesino Plutarco Elías Calles”.

Ante todo, déjeme decirle que el envío del libro me quitó la pena que comenzaba a causarme su olvido. Ni siquiera me ha dicho Ud. si llegó a sus manos mi *Fuga de Navidad*. Esto me tenía triste, porque me hacía temer que persistiera en Ud. cierta impresión que, sin quererlo, le causé en París, y que lo llevó a Ud. a decir a un buen amigo común: “A Alfonso, ya lo hemos perdido”. Yo quería explicarme esta impresión de Ud. como resultado de ciertos cuidados que por aquel tiempo me tenían embargado, cuidados que, efectivamente, hacen que uno se pierda para sus amigos. Pero quisiera también darle a Ud. la seguridad de que no me pierde así como así el que una vez me ha ganado. No somos tantos sobre la tierra para andar con esas cosas. ¿No le parece?

Y ahora, vamos a lo nuestro. A mí no es fácil hacerme hablar de política. Es algo que no entiendo muy bien. Muy tierno, tuve, en ese sentido, sacudidas y vuelcos de alma que me han dejado mutilado. Datan... ¡qué sé yo! Creo que de mis primeros recuerdos de Monterrey. Y después me siguen acompañando a lo largo de mi adolescencia, hasta llegar a la prueba definitiva. De ahí mi silencio. Pero esta vez es Ud., Martín, quien me provoca, y



a Ud. no puedo desatenderlo. Voy a explicarme con Ud. —entre amigos viejos que se entienden más allá de sus actos con la más completa sinceridad.

Ud. conoce toda mi historia pública y privada. Ud. sabe bien que, en la primera juventud, cuando la política comenzó a ser para nosotros una realidad, nuestros amigos comunes, los que más influían en la formación de ambos, aprovechando sin duda ciertas condiciones o predisposiciones naturales de mi temperamento —que me hacían permeable a la verdad— me acostumbraron a escuchar críticas y censuras contra lo que para mí era, es y será más respetable entre todos mis sentimientos. Así, con un dolor que yo no le confesaba a nadie, y de que ninguno de Uds. parece haberse percatado, fui aprendiendo a admitir la idea de que lo más sagrado para nosotros pueda tener imperfecciones, y hasta suscitar el disgusto de los demás. Y, a propósito de esta insensibilidad que algunos han tenido para mis sufrimientos de hijo, debo decirle que esa objetividad tan cruel y despiadada que a veces muestran mis amigos a este respecto —me llena de asombro. Aquel pequeño pasaje, por ejemplo, que yo en otra carta le reclamé a Ud. (y conste que reconozco que es de lo que menos puede dañarme), aparece precisamente en el mismo libro en que he encontrado las páginas de más sobria y hermosa piedad que un hijo puede consagrar a la memoria de su padre: en *El águila y la serpiente*. ¿Cómo puede darse esta desigualdad de tratamiento? Yo, siempre que escribo, tengo presentes a mis ojos, como una alucinación, las caras de mis amigos. Me cuesta trabajo entender que ellos puedan olvidarse de mí, de mi corazón, al escribir o decir ciertas cosas.

Pero volvamos a nuestro asunto, y lleguemos a los días de Santiago Tlatelolco y la prisión militar de mi padre. —Yo era muy niño, era el poeta, el soñador de la casa, de quien se hacía poco caso para las “cosas de hombres”. Y Ud. sabe bien (Ud. mis-

mo fue el intermediario de cierto mensaje que, venido de más alto y a través de Alberto Pani, me ofrecía la libertad de mi padre a cambio de mi palabra sobre que él se alejaría y se abstendría de la vida pública) que mis tímidas insinuaciones no servían de nada, y que, así, tuve la inmensa desgracia de perder lo que, con unos pocos más años, un poco de más experiencia y más grosería de espíritu, hubiera podido salvar.

En mi alma se produjo una verdadera deformación. Aquello fue mucho dolor. Todavía siento espanto al recordarlo. Quedé mutilado, ya le digo. Un amargo escepticismo se apoderó de mi ánimo para todo lo que viene de la política. Y esto, unido a mi tendencia contemplativa, acabó por hacer de mí el hombre menos indicado para impresionar a los públicos o a las multitudes mediante el recurso político por excelencia, que consiste en insistir en un solo aspecto de las cuestiones, fingiendo ignorar los demás. Y, sin embargo, Ud. sabe que soy orador nato. Y Dios y yo sabemos que llevo en la masa de la sangre unos hondos y rugidos atavismos de raza de combatientes y cazadores de hombres, atavismos que —siempre e implacablemente refrenados— son sin duda la única y verdadera causa de mis jaquecas crónicas, y no los intestinos ni el hígado, ni los riñones, ni el páncreas, ni las glándulas endocrinas y demás tonterías de los médicos materialistas, analíticos, tan olvidados de las concepciones sintéticas de Hipócrates, Arnaldo de Villanova y Paracelso. —Y de propósito me doy el gusto de lucir estas erudiciones para que vea que tengo bien mascullado y estudiado eso de mis jaquecas: no se burle de mí.

Estábamos, pues, en que se apoderó de mí un desgano político. Más que eso: un pavor. Cuando delante de mí se decía: “política”, yo veía, en el teatro de mi conciencia, caer a aquel hombre del caballo, acribillado por una ametralladora irresponsable.

Salí del país como pude, dejando horrores a la espalda. Mi situación se había hecho insostenible. La gente, en México, había

comenzado a hacer de mi actitud un argumento contra mi hermano y hasta contra la memoria de mi padre. Me mandaron a la Legación de París, adonde fui a dar con mujer e hijo en pocos meses. Seguro yo de que aquello se vendría abajo —y era justo que se viniera abajo— me arreglé con las casas de París que publicaban libros en español: Garnier, Olendorff —editor, desde 1910, de mis *Cuestiones estéticas*. Me aseguré así la salida, y me senté a esperar que el absurdo reventara solo. Yo no tenía prisa, por lo mismo que no tenía conciencia política, por decirlo así. Un gran eclipse de dolor y desconcierto por dentro: eso era todo. Mi opinión, mi actitud ante el cuartelazo y los demás horrores, habían quedado claramente definidas por mi renuncia a la Secretaría de Altos Estudios, y por mis múltiples y vanas instancias ante mi hermano, para lograr que saliera del gabinete y del país, librándolo a tiempo de todas las penas que luego ha tenido que sufrir. Pero estas expresiones mías fueron reacciones sentimentales inmediatas; no cálculos políticos. Aunque hayan tenido realmente, andando el tiempo, toda la exactitud y el acierto de un cálculo. También entonces influyó en mí la voz sincera de mis amigos. En todo caso, tales hechos conocidos a pesar mío, o sin que yo lo procurara ni me diera cuenta.

En París, me encontré de repente en el aire: a la vez que cesaron desde México a todo el Cuerpo Diplomático, sin dar viajes de regreso, sobrevino en Europa la Guerra, y se cerraron los negocios de las editoriales hispánicas. Yo no tenía la suficiente malicia para comprender que aquella era la ocasión más propicia (no me refiero a faldas) para un joven, en París, amigo de Francia, precisamente a la hora en que todos los jóvenes franceses iban a marchar al frente de combate. Y acaso, aunque se me hubiera ocurrido, la situación me hubiera parecido deshonesta. Yo, simplemente, me sentí intruso en el dolor de Francia. Y me fui a España a ser pobre y a volverme hombre.

No sé para qué le repito esto, que Ud. ya conoce. Conservemos sólo el hecho de mi mutilación política. Desde España, pues, yo los veía a Uds., mis amigos, mezclados con gente que siempre consideré incalificable, y entre cosas que a mí me parecían pesadillas sangrientas. Ud. encontrará justificado que a mí me parezca que todos los hombres que han venido después son muy poca cosa al lado del que yo perdí. —Como Uds. eran mis amigos, yo pensaba que alguna razón debían tener para aceptar lo que aceptaban, y achacaba a mi incompreensión, a mi enfermedad política, el no entenderlos. Además, siempre ha pesado mucho en mí este modo de razonar: “Siendo así que ahora sucede lo que sucede en México y que yo no puedo impedirlo, es preferible que colabore con mi tiempo, tratando de poner orden en el pequeño sector que quede a mi alcance”. Además todavía, en épocas de naufragio, nadie se anda con muchos remilgos sobre la tabla a que se agarra; y es mucho más importante que se salven, como quiera, los hombres de valores positivos, mis amigos.

Ud. vino a Madrid, de agente nada menos que de Pancho Villa, y hasta publicó Ud. un número único de cierto boletín de noticias, claro es que con el ánimo de “taparle el ojo al macho”, puesto que poco a poco se fue Ud. desligando de aquello. Y Ud. recordará, Martín, que nunca oyó de mis labios un reproche, y que encontró Ud. en mí la más respetuosa aceptación para el camino que Ud. se había trazado.

Como quiera, en esta ocasión, y en muchas otras posteriores, yo los he visto a Uds., mis amigos, andar con gente y andar en asuntos que no siempre me parecen necesariamente mejores que los actuales, ¡al contrario! Y, sin embargo, no quise juzgarlos. Siempre pensé que mi miopía era causa de mis impresiones poco favorables. Y admiré, eso sí —como lo sigo admirando—, esa rara facultad de entusiasmo político, aunque sea entusiasmo negativo, como en el caso de la dedicatoria que me arroja a estas

divagaciones, y aunque en Ud. me parezca, en la actualidad, un entusiasmo algo a la fuerza, algo solicitado con un propósito político definido, más que un impulso verdadero.

Cuando volví a la Carrera, por gestiones de José Vasconcelos, y también de ese triste Miguel Alessio —que ha ganado, no sé cómo, los elogios de Ud., y que, no sé por qué se ha dedicado a atacarme— lo primero que hice fue consultar a mis amigos: “¿Qué pasa en México? ¿Puedo honradamente aceptar el nombramiento de Secretario de Legación?” Porque yo no estaba enterado de nada. José me telegrafió diciéndome que aceptara sin duda, y así volví al servicio. Lo que ha venido después, ha determinado mi continuidad, por una simple regla de disciplina y de cumplimiento a mis compromisos. Las cosas de que Ud. puede quejarse, no me parecen en modo alguno peores a muchas por Ud. aceptadas en otras ocasiones. Mi servicio —Ud. está convencido de ello— no tiene carácter de pacto político, que nadie me ha pedido hasta ahora. Los gobernantes de México —y lo digo en su honor— parecen haber entendido y respetado mi situación de ánimo, y hasta mi visión intelectual de la vida. Yo, que de repente he tenido la candorosa impresión de que Uds. me habían embarcado y ahora se quedaban en tierra (no se ría de mí: así lo he llegado a sentir. ¡Ya ve Ud. si soy políticamente estúpido!), he descubierto que, en el servicio diplomático, mis trabajos pueden prestar cierta utilidad a mi país. Hablo de trabajos de mexicano, y no de trabajos de “partidario”, que nunca he hecho. Los “desterrados” siempre encontraron abiertas las puertas de mis legaciones o Embajadas, y más de una vez he procurado borrar las huellas de ciertas acusaciones que, me constaba, eran meros ataques políticos del momento. Y, siendo así que los últimos sucesos de mi familia y también mi callo especial o llaga o lo que sea, me iban dejando como desterrado de mi patria, y esto en los precisos momentos en que allá la resurrección, o mejor el nacimiento del

espíritu nacional ha comenzado a dejarse sentir —me agarré como de un clavo ardiente de este último recurso que se me ofrecía, la diplomacia—, para no pasar por la vida haciendo figura de descastado o de mal mexicano. Puede Ud. creer que soy absolutamente ingenuo y sincero al asegurarle: 1º que me hubiera agrado mucho más ser capaz de intervenir íntimamente en la cosa pública, modelarla un poco a mi modo yo también, y yo también dejar mi nombre en la historia, correspondiendo así a los compromisos de mi apellido; 2º que no lo hago, quiero decir: no lo intento, por sentirme completamente incapaz de ello, en virtud de los motivos sentimentales que le vengo explicando, a los cuales todavía me falta añadir la autoamputación de haberme arrancado voluntariamente toda idea de rescate o de venganza —cosa que hice por odio al odio, y por asco de esclavizar mi vida al rencor; y 3º que al ver que servía yo de algo en la diplomacia, he llegado a concebir mi situación como una relación abstracta y pura entre mi buena intención y mis esfuerzos por una parte, y por otra, la Idea Mexicana, platónicamente emancipada de todo accidente presidencial o político. Esto durará lo que Dios quiera. Yo sé que con esta doctrina —que, por lo demás, no llevo al rojo vivo del envanecimiento, sino que la dejo en la modesta temperatura de mis capacidades, pero consciente de ellas—, sé que con esta doctrina podrían defenderse muchas picardías políticas. Pero, Martín, por Dios, en mi caso ¿no admite Ud. que debe aplicarse, y puede aplicarse sin peligro? Yo no voy a vivir mil vidas, ni voy a tener otra ocasión de servir a mi país fuera de mi vida actual; tampoco voy a poder transformar al país en cosa mejor que lo que es, aun cuando desee este mejoramiento con más ahínco que muchos que hacen profesión de cantarlo. Yo sólo puedo hacer algo por mi país en la actividad que ejerzo. Mis visitas últimas a la tierra me han convencido de que, para otras cosas, me he alejado ya demasiado, y me lo confieso con todo dolor y con toda

claridad. ¡No acabe Ud. de expulsarme de México, que ya bastante me hacen sentir que vivo al margen todos los que —más bien en voz baja, pero su sentir trasciende a sus actos— me culpan de haber pasado en el extranjero algunos años de sufrimiento y trabajo! [...]. 🍷

Suyo,
Alfonso







✠ ORACIÓN DEL 9 DE FEBRERO ✠

I



ACE 17 AÑOS MURIÓ MI POBRE PADRE. SU presencia real no es lo que más echo de menos: a fuerza de vivir lejos de Monterrey, estudiando en México, yo me había ya acostumbrado a verlo muy poco y a imaginármelo fácilmente, a lo cual me ayudaba también su modo de ser tan definido, y hasta su aspecto físico tan preciso y bien dibujado —su manera de belleza. Por otra parte, como era hombre tan ocupado, pocas veces esperaba yo de él otra cosa que no fuera una carta de saludo casi convencional, concebida en el estilo de su secretaría. Y a propósito de esto me acuerdo que la señora de Lancaster Jones —doña Lola Mora— su amiga de la infancia, quejándose de aquellas respuestas impersonales que redactaba el secretario Zúñiga, un día le escribió a mi padre una carta que comenzaba con este tratamiento: “Mi querido Zúñiga: Recibí tu grata de tal fecha, etcétera”...

Hacía varios años que sólo veía yo a mi padre de vacaciones o en cortas temporadas. Bien es cierto que esos pocos días me compensaban de largas ausencias porque era la suya una de esas naturalezas cuya vecindad lo penetra y lo invade y lo sacia todo. Junto a él no se deseaba más que estar a su lado. Lejos de él, casi bastaba recordar para sentir el calor de su presencia. Y como su espíritu estaba en actividad constante, todo el día agitaba las cuestiones más amenas y más apasionadoras; y todas sus ideas salían candentes, nuevas y recién forjadas, al rojo vivo de una sensibilidad como no la he vuelto a encontrar en mi ya accidentada experiencia de los hombres. Por cierto que hasta mi curiosidad literaria encontraba pasto en la compañía de mi padre. Él vivía

en Monterrey, ciudad de provincia. Yo vivía en México, la capital. Él me llevaba más de cuarenta años, y se había formado en el romanticismo tardío de nuestra América. Él era soldado y gobernante. Yo iba para literato. Nada de eso obstaba. Mientras en México mis hermanos mayores, universitarios criados en una atmósfera intelectual, sentían venir con recelo las novedades de la poesía, yo, de vacaciones, en Monterrey, me encontraba a mi padre leyendo con entusiasmo los *Cantos de vida y esperanza*, de Rubén Darío, que acababan de aparecer.

Con todo, yo me había hecho ya a la ausencia de mi padre, y hasta había aprendido a recorrerlo de lejos como se hojea con la mente un libro que se conoce de memoria. Me bastaba saber que en alguna parte de la tierra latía aquel corazón en que mi pobreza moral —mejor dicho, mi melancolía— se respaldaba y se confortaba. Siempre el evocarlo había sido para mí un alivio. A la hora de las mayores desesperaciones, en lo más combatido y arduo de las primeras pasiones, que me han tocado, mi instinto acudía de tiempo en tiempo al recuerdo de mi padre, y aquel recuerdo tenía la virtud de vivificarme y consolarme. Después —desde que mi padre murió—, me he dado cuenta cabal de esta economía inconsciente de mi alma. En vida de mi padre no sé si llegué a percatarme nunca...

Pero ahora se me ocurre que sí, en cierto modo al menos. Una vez fui, como de costumbre, a pasar mis vacaciones a Monterrey. Llegué de noche. Me acosté y dormí. Al despertar a la mañana siguiente —muchas veces me sucedía esto en la adolescencia— ya tenía en el alma un vago resabio de tristeza, como si me costara un esfuerzo volver a empezar la vida en el nuevo día. Entonces el mecanismo ya montado funcionó solo, en busca de mi equilibrio. Antes de que mi razón la sujetara, mi imaginación ya estaba hablando: “Consuélate —me dijo—. Acuérdate que, después de todo, allá en Monterrey, te queda algo sólido y definiti-

vo: Tu casa, tu familia, tu padre”. Casi al mismo tiempo me di cuenta de que en aquel preciso instante yo me encontraba ya pisando mi suelo definitivo, que estaba yo en mi casa, entre los míos, y bajo el techo de mis padres. Y la idea de que ya había yo dispuesto de todos mis recursos, de que ya había agotado la última apelación ante el último y más alto tribunal, me produjo tal desconcierto, tan paradójica emoción de desamparo que tuve que contenerme para no llorar. Este accidente de mi corazón me hizo comprender la ventaja de no abusar de mi tesoro, y la conveniencia —dados los hábitos ya adquiridos por mí— de tener a mi padre lejos, como un supremo recurso, como esa arma vigilante que el hombre de campo cuelga a su cabecera aunque prefiera no usarla nunca. No sé si me pierdo un poco en estos análisis. Es difícil bajar a la zona más temblorosa de nuestros pudores y respetos.

De repente sobrevino la tremenda sacudida nerviosa, tanto mayor cuanto que la muerte de mi padre, fue un accidente, un choque contra un obstáculo físico, una violenta intromisión de la metralla en la vida y no el término previsible y paulatinamente aceptado de un acabamiento biológico. Esto dio a su muerte no sé qué aire de grosería cosmogónica, de afrenta material contra las intenciones de la creación. Mi natural dolor se hizo todavía más horrible por haber sobrevenido aquella muerte en medio de circunstancias singularmente patéticas y sangrientas, que no sólo interesaban a una familia, sino a todo un pueblo. Su muerte era la culminación del cuadro de horror que ofrecía entonces toda la ciudad.

Con la desaparición de mi padre, muchos, entre amigos y adversarios, sintieron que desaparecía una de las pocas voluntades capaces, en aquel instante, de conjurar los destinos. Por las heridas de su cuerpo, parece que empezó a desangrarse para muchos años, toda la patria. Después me fui rehaciendo como pude, como se rehacen para andar y correr esos pobres perros de la calle a los

que un vehículo destroza una pata; como aprenden a trinchar con una sola mano los mancos; como aprenden los monjes a vivir sin el mundo, a comer sin sal los enfermos. Y entonces, de mi mutilación saqué fuerzas. Mis hábitos de imaginación vinieron en mi auxilio. Discurrí que estaba ausente mi padre —situación ya tan familiar para mí— y, de lejos, me puse a hojearlo como solía. Más aún: con más claridad y con más éxito que nunca. Logré traerlo junto a mí a modo de atmósfera, de aura. Aprendí a preguntarle y a recibir sus respuestas. A consultarle todo. Poco a poco, tímidamente, lo enseñé a aceptar mis objeciones —aquellas que nunca han salido de mis labios pero que algunos de mis amigos han descubierto por el conocimiento que tienen de mí mismo. Entre mi padre y yo, ciertas diferencias nunca formuladas, pero adivinadas por ambos como una temerosa y tierna inquietud, fueron derivando hacia el acuerdo más liso y llano. El proceso duró varios años, y me acompañó por viajes y climas extranjeros. Al fin llegamos los dos a una compenetración suficiente. Yo no me arriesgo a creer que esta compenetración sea ya perfecta porque sé que tanto gozo me mataría, y presiento que de esta comunión absoluta sólo he de alcanzar el sabor a la hora de mi muerte. Pero el proceso ha llegado ya a tal estación de madurez, que estando en París hace poco más de dos años, me atreví a escribir a un amigo estas palabras más o menos: “Los salvajes creían ganar las virtudes de los enemigos que mataban. Con más razón imagino que ganamos las virtudes de los muertos que sabemos amar”. Yo siento que, desde el día de su partida, mi padre ha empezado a entrar en mi alma y a hospedarse en ella a sus anchas. Ahora creo haber logrado ya la absorción completa y —si la palabra no fuera tan odiosa— la digestión completa. Y véase aquí por dónde, sin tener en cuenta el camino hecho de las religiones, mi experiencia personal me conduce a la noción de la supervivencia del alma y aun a la noción del sufragio de las almas —puente único por

donde se puede ir y venir entre los vivos y los muertos, sin más aduana ni peaje que el adoptar esa actitud del ánimo que, para abreviar, llamamos plegaria.

Como él siempre vivió en peligros, y como yo poseo el arte de persuadirme (o acaso también por plástica, por adaptación inconsciente), yo, desde muy niño, sabía enfrentarme con la idea de perderlo. Pero el golpe contra la realidad brutal de haberlo perdido fue algo tan intenso que puedo asegurar que persiste; no sólo porque persistan en mí los efectos de esa inmensa herida, sino porque el golpe está aquí —íntegro, vivo— en algún repliegue de mi alma, y sé que lo puedo resucitar y repetir cada vez que quiera. El suceso viaja por el tiempo, parece alejarse y ser pasado, pero hay algún sitio del ánimo donde sigue siendo presente. No de otro modo el que, desde cierta estrella, contemplara nuestro mundo con un anteojo poderoso, vería, a estas horas —porque el hecho anda todavía vivo, revoloteando como fantasma de la luz entre las distancias siderales— a Hernán Cortés y a sus soldados asomándose por primera vez al valle de Anáhuac.

El desgarramiento me ha destrozado tanto, que yo, que ya era padre para entonces, saqué de mi sufrimiento una enseñanza: me he esforzado haciendo violencia a los desbordes naturales de mi ternura, por no educar a mi hijo entre demasiadas caricias para no hacerle, físicamente mucha falta, el día que yo tenga que faltarle. Autoritario y duro, yo no podría serlo nunca: nada me repugna más que eso. Pero he procurado ser neutro y algo sordo —sólo yo sé con cuánto esfuerzo— y así creo haber formado un varón mejor apercebido que yo, mejor dotado que yo para soportar el arrancamiento. Cuando me enfrenté con las atroces angustias de aquella muerte, escogí con toda certeza, y me confesé a mí mismo que preferiría no serle demasiado indispensable a mi hijo, y hasta no ser muy amado por él puesto que tiene que perderme. Que él me haga falta es condición irremediable: mi conciencia se

ha apoyado en él mil veces, a la hora de vacilar. Pero es mejor que a él mismo yo no le haga falta —me dije— aunque esto me prive de algunos mimos y dulzuras. También supe y quise cerrar los ojos ante la forma yacente de mi padre, para sólo conservar de él la mejor imagen. También supe y quise elegir el camino de mi libertad, descuajando de mi corazón cualquier impulso de rencor o venganza, por legítimo que pareciera, antes de consentir en esclavizarme a la baja *vendetta*. Lo ignoré todo, huí de los que se decían testigos presenciales, e impuse silencio a los que querían pronunciar delante de mí el nombre del que hizo fuego. De paso, sé que me he cercenado voluntariamente una parte de mí mismo; sé que he perdido para siempre los resortes de la agresión y de la ambición. Pero hice como el que, picado de víbora, se corta el dedo de un machetazo. Los que sepan de estos dolores me entenderán muy bien.

No: no es su presencia real lo que más me falta, con ser tan cálida, tan magnética, tan dulce y tan tierna para mí, tan rica en estímulos para mi admiración y mi fantasía, tan satisfactoria para mi sentido de los estilos humanos, tan halagadora para mi orgullo de hijo, tan provechosa para mi sincero afán de aprendiz de hombre y de aprendiz de mexicano (¡porque he conocido tan pocos hombres y entre éstos, tan pocos mexicanos!). No lloro por la falta de su compañía terrestre, porque yo me la he sustituido con un sortilegio o si preferís, con un milagro. Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; sufro porque presiento al considerar la historia de mi padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo; me desespera, ante el hecho consumado que es toda tumba, el pensar que el saldo generoso de una existencia rica y plena no basta a compensar y a llenar el vacío de un solo segundo. Mis lágrimas son para la torre de hombre que se vino abajo; para la preciosa arquitectura —lograda con la acumulación y el labrado de materiales

exquisitos, a lo largo de muchos siglos de herencia severa y escrupulosa— que una sola sacudida del azar pudo deshacer; para el vino de siete cónsules que tanto tiempo concentró sus azúcares y sus espíritus, y que una mano aventurera llegó de repente a volcar.

Y ya que el vino había de volcarse, sea un sacrificio acepto: sea una libación eficaz para la tierra que lo ha recibido.

II

DE TODAS SUS HERIDAS, LA ÚNICA APARENTE ERA LA DE SU mano derecha, que quedó siempre algo torpe, y solía doler en el invierno. La izquierda tuvo que aprender de ella a escribir y trincar y también a tirar el arma, con todos los secretos del viejo maestro Ignacio Guardado. Lentamente la derecha pudo recobrar el don de escribir. Hombre que cumplidos los cincuenta años, era capaz de comenzar el aprendizaje metódico de otra lengua extranjera no iba a detenerse por tan poco.

Hojeando en su biblioteca, he encontrado las cuatro sucesivas etapas de su firma: La primera, la preciosa firma llena de turgencias y redondeces, aparece en un tomo de *Obras poéticas* de Espronceda, París, Baudry, 1867, y en una *Cartilla moral militar* del Conde de la Cortina, edición de Durango, Francisco Vera, año de 1869. La segunda, la encuentro en un ejemplar de las poesías de Heredia, y lleva la fecha de Mazatlán, 1876. Aquí el nombre de pila se ha reducido a una inicial y el rasgo es más nervioso y ligero aunque todavía se conserva la misma rúbrica del adolescente, enredada en curvas y corazones. La tercera fase la encuentro en cartas privadas dirigidas al poeta Manuel José Othón por el año de 1889. Aunque después de la herida, todavía resulta muy ambiciosa. La cuarta fase es la que conoce la fama, la que consta en todos los documentos oficiales de su gobierno, y es ya la firma del funcionario, escueta, despojada y mecánica.

III

PERO HEMOS ENTRADO EN SU BIBLIOTECA Y ESTO SIGNIFICA que el caballo ha sido desensillado. En aquella biblioteca donde había de todo, abundaban los volúmenes de poesía y los clásicos literarios. Entre los poetas privaban los románticos: era la época mental en que el espíritu del héroe se había formado. El hallazgo de aquella firma juvenil en un ejemplar de Espronceda tiene un sentido singular.

Después de pacificar el Norte y poner coto a los contrabandos de la frontera —groseros jefes improvisados por las guerras civiles alternaban allí con los aprovechadores que nunca faltan, y se las arreglaban para engordar la hacienda con ilícitos medios— vinieron los años de gobernar en paz. Y como al principio el General se quedara unos meses sin más trabajo que la monótona vida de cuartel, aprovechó aquellos ocios nada menos que para reunir de un rasgo los incontables volúmenes de la *Historia de la Humanidad* de César Cantú. Toda empresa había de ser titánica para contentarlo y entretenerlo. Aunque fuera titánicamente metódica como lo fue su gobierno mismo. Otros hablarán de esa obra y de lo que hizo de aquella ciudad y de aquel Estado. Aquí el romántico descansa o, mejor dicho, frena sus energías y administra el rayo, conforme a la general consigna de la paz porfiriana. Aquella cascada se repartirá en graciosos riachuelos y éstos, poco a poco fueron haciendo del erial un rico jardín. La popularidad del héroe cundía. Desde la capital llegaban mensajeros celosos. Al fin el dueño de la política vino en persona a presenciar el milagro: “Así se gobierna”, fue su dictamen. Y poco después, el gobernador se encargaba del Ministerio de la Guerra, donde todavía tuvo ocasión de llevar a cabo otros milagros: el instaurar un servicio militar voluntario, el arrancar al pueblo a los vicios domingueros para volcarlo, por espontáneo entusias-

mo, en los campos de maniobras; el preparar una disciplina colectiva que hubiera sido el camino natural de la democracia; el conciliar al ejército con las más altas aspiraciones sociales de aquel tiempo; el sembrar confianza en el país cuando era la moda el escepticismo; el abrir las puertas a la esperanza de una era mejor. Al calor de este amor se fue templando el nuevo espíritu. Todos lo saben, y los que lo niegan saben que engañan. Aquel amor llenaba un pueblo como si todo un campo se cubriera con una lujuriosa cosecha de claveles rojos.

Otro hubiera aprovechado la ocasión tan propicia. ¡Oh, qué mal astuto, oh qué gran romántico! Le daban la revolución ya hecha, casi sin sangre, ¡y no la quiso! Abajo, pueblos y ejércitos a la espera, y todo el país anhelante, aguardando para obedecerlo, el más leve flaqueo del héroe. Arriba, en Galeana, en el aire estoico de las cumbres, un hombre solo. Y fue necesario, para arrebatarlo a aquel éxtasis, que el río se saliera de madre y arrastrara media ciudad. Entonces requirió otra vez el caballo y burlando sierras bajó a socorrer a los vecinos. Y poco después salió al desierto. No cabían dos centros en un círculo. O tenía que acontecer lo que acontece en la célula viva cuando empiezan a formarse los núcleos, ¿poner al país en el trance de recomenzar su historia? Era mejor cortar amarras.

Ya no se columbra la raya indecisa de la tierra. Ya todo se fue.

IV

PORFIRIO DÍAZ ENTREGÓ LA SITUACIÓN A LA GENTE NUEVA y dijo una de aquellas cosas tan suyas:

—Ya soltaron la yeguada. ¡A ver ahora quién la encierra! De buenas intenciones está empedrado el infierno. Y cuando, a pesar de la mejor intención que en México se ha visto, el país quiso venirse abajo ¿cómo evitar que el gran romántico se juzgara el

hombre de los destinos? Durante unas maniobras que presencié en Francia, como sentía un picor en el ojo izquierdo, se plantó un parche y siguió estudiando las evoluciones de la tropa. Al volver del campo —y hasta su muerte lo disimuló a todo el mundo— había perdido la mitad de la vista. Así regresó al país, cuando el declive natural había comenzado. Mal repuesto todavía de aquella borrachera de popularidad y del sobrehumano esfuerzo con que se la había sacudido, perturbada ya su visión de la realidad por un cambio tan brusco de nuestra atmósfera que, para los hombres de su época, equivalía a la amputación del criterio, vino, sin quererlo ni desearlo, a convertirse en la última esperanza de los que ya no marchaban a compás con la vida. ¡Ay, nunca segundas partes fueron buenas! Ya no lo querían: lo dejaron solo. Iba camino de la desesperación, de agravio en agravio. Algo se le había roto adentro. No quiso colgar el escudo en la atarazana. ¡Cuánto mejor no hubiera sido! ¿Dónde se vio al emérito volver a mezclarse entre las legiones? Los años y los dolores habían hecho ya su labor.

Y se encontró envuelto en una maraña de fatalidades, cada vez más prieta y más densa. Mil obstáculos y los amigotes de ambos bandos impidieron que él y el futuro presidente pudieran arreglarse. Y todo fue de mal en peor. Y volvió a salir del país. Y al fin lo hallamos cruzando simbólicamente el río Bravo, acompañado de media docena de amigos e internándose por las haciendas del norte donde le habían ofrecido hombres y ayuda y sólo encontraba traición y delaciones.

Los días pasaban sin que se cumplieran las promesas. Al acercarse al río Conchos unos cuantos guardias rurales empezaron a tirotear al escaso cortejo. Unos a diestra y otros a siniestra, todos se fueron dispersando. Lo dejaron sólo acompañado del guía.

Era víspera de Navidad. El campo estaba frío y desolado. Ante todo, picar espuelas y ponerse en seguro para poder medi-

tar un poco. Y por entre abrojos y espinares, desgarrada toda la ropa y lleno de rasguños el cuerpo, el guía lo condujo a un sitio solitario, propicio a las meditaciones. Allí toda melancolía tiene su asiento. No se mira más vegetación que aquellos inhospitales breñales. El jinete echó pie a tierra, juntó ánimos, y otra vez en su corazón, se encendió la luz del sacrificio.

—¿Dónde está el cuartel más cercano?

—En Linares.

—Vamos a Linares.

—Nos matarán.

—Cuando estemos a vista de la ciudad, podrás escapar y dejarme solo.

Es ya de noche, es Nochebuena. El embozado se acerca al cabo de guardia.

—Quiero hablar con el jefe.

Pasa un instante, sale el jefe a la puerta. El embozado se descubre, y he aquí que el jefe casi cae de rodillas.

—¡Huya, huya, mi general! ¿No ve que mi deber es prenderlo?

—¿Eres tú, mi buen amigo, mi antiguo picador de caballos? Pues no te queda más recurso que darme tus fuerzas o aceptarme como prisionero.

—¡Señor, somos muy pocos!

—Entonces voy a levantar la voz para que todos lo oigan: Aquí vengo a entregarme preso, y que me fusilen en el cuartel.

Entre los vecinos lo han vestido, ¡tan desgarrado viene! Nadie disimula su piedad, su respeto. Todos han adivinado que con ese hombre se rinde toda una época del sentir humano. Ofrece su vida otra vez más. ¿Qué mejor cosa puede hacer el romántico con su vida? ¡Tírala por la borda, echarla por la ventana! “¡Pelillos a la mar!”, dice el romántico. Y arroja a las olas su corazón.





MÁS TARDE, TRASLADADO A MÉXICO, SE CONSUMIRÁ EN LA lenta prisión, donde una patética incertidumbre lo mantiene largos meses recluso. La mesa de pino, el melancólico quinqué, la frente en la mano, y en torno la confusa rumia de meditaciones y recuerdos, y todo el fragor del *Diablo Mundo*: es, línea por línea, el cuadro de Espronceda ¡aquel Espronceda que fue tan suyo y que él mismo me enseñó a recitar!

En el patio cantan los presos, se estiran al sol y echan baraja. Aquello es como una llaga por donde se pudre el organismo militar. Un día de la semana, las soldaderas tienen acceso al patio, donde montan tiendas de lona para esconder su simulacro de amor. Después que el dueño se sacia, se pone a la puerta de la tienda y cobra la entrada a los demás a tantos centavos. Tortura propiamente diabólica presenciar estas vergüenzas el mismo que fue como ninguno, organizador de ejércitos lucidos y dignificador de la clase guerrera a los ojos de la nación.

La melancolía, los quebrantos, resucitaron en él cierto paludismo contraído en campaña. Todas las tardes, a la misma hora, llamaba a la puerta el fantasma de la fiebre. Los nervios se iban desgastando. Vivía como en una pesadilla intermitente. ¿Cuál era el delirio?, ¿cuál el juicio? El preso tenía consideraciones especiales, y aquel hombre bueno que se vio en el trance de aprisionarlo ¡qué más hubiera deseado que devolverle su libertad! Dos grandes almas se enfrentaban, y acaso se atraían a través de no sé qué estelares distancias. Una todo fuego y bravura y otra toda sencillez y candor. Cada cual cumplía su triste gravitación, y quién sabe con qué dolor secreto sentían que se iban alejando. Algún día tendremos revelaciones. Algún día sabremos de ofertas que tal vez llegaron a destiempo.

Bajo ciertas condiciones, pues, el preso podía ser visitado. Entre los amigos y amigas que, en la desgracia, se acercaron a él, abundaban naturalmente los afectos viejos, los que llegan hasta nosotros como ráfagas de la vida pasada, envueltos en memorias de la infancia y de los tiempos felices. Tales visitas, por confortantes que parezcan, escarban muy adentro en la sensibilidad de un hombre exaltado y, en los entreactos de la fiebre, cuando la clara visión de aquel ambiente abyecto de cárcel volvía como un mal sabor a la conciencia, aparecían aquellos hombres y aquellas mujeres cargados de recuerdos, llenos de palabras sobresaturadas de sentido, demasiado expresivos para convenir al régimen de un hombre en crisis. Todo debió haber sido neutro, gris. Y todo era clamoroso y rojo.

Y todavía para enloquecerlo más, y por si no bastara la trágica viudez de una hija cuyo marido fue asesinado unos meses antes, llegaron a la prisión las nuevas de las trastadas que andaba haciendo el caudillo Urbina, aquel que murió tragado por el fango. Urbina había secuestrado al marido de su hija menor, y ésta había tenido que rescatarlo a precio de oro, empeñando para toda la vida la tranquilidad económica de su hogar. Imaginad la cólera del Campeador ante las afrentas sufridas por sus hijas.

No era todavía un anciano, todavía no se dejaba rendir, pero ya comenzaba a abrirse paso difícilmente entre las telarañas de la fiebre, la exasperación, la melancolía y el recuerdo.

También Pancho Villa estaba, por aquellos meses, preso en la cárcel militar de Santiago. Pancho Villa escaparía pronto con anuencia de sus guardianes, y por diligencia de aquel abogado Bonales Sandoval a quien más tarde hizo apuñalar, partir en pedazos, meterlo en un saco, y enviarlo a lomo de mula a Félix Díaz, para castigarlo así de haber pretendido crear una inteligencia entre ambos. El Caballero y el cabecilla alguna vez pudieron cruzarse por los corredores de la prisión. Don Quijote y Roque

Guinart se contemplaban. El cabecilla lo consideraría de lejos, con aquella su peculiar sonrisa y aquel su párpado caído. El caballero se alisaría la “piocha”, al modo de su juventud, y recordaría sus campañas contra el Tigre de Álica, el otro estratega natural que ha producido nuestro suelo, mezcla también de hazañero y facineroso.

La visión se borra y viene otra: ahora son las multitudes que aclaman, encendidas por palabras candentes que caen, rodando como globos de fuego, desde las alturas de un balcón, se estremece aquel ser multánime y ofrece millares de manos y millares de pechos. Pero esta visión es embriagadora y engañosa, y pronto desaparece, desairada —tentación que se recoge en el manto— para dar lugar a otros recuerdos.

VI

AQUEL ROER DIARIO FUE DESARROLLANDO SU SENSIBILIDAD, fue dejándole los nervios desnudos. Un día me pidió que le recitara unos versos de Navidad. Aquella fue su última Navidad y el aniversario de la noche triste de Linares. Al llegar a la frase: *Que a golpes de dolor te has hecho malo*, me tapó la boca con las manos y me gritó:

—¡Calla blasfemo! ¡Eso, nunca! ¡Los que no han vivido las palabras no saben lo que las palabras traen adentro!

Entonces entendí que él había vivido las palabras, que había ejercido su poesía con la vida, que era todo él como un poema en movimiento, un poema romántico de que hubiera sido a la vez autor y actor. Nunca vi otro caso de mayor frecuentación, de mayor penetración entre la poesía y la vida. Naturalmente, él se tenía por hombre de acción, porque aquello de sólo dedicarse a soñar se le figuraba una forma abominable del egoísmo. Hubiera maldecido a Julien Benda y su teoría de los clérigos. Pero no

veía diferencia entre la imaginación y el acto: tan plástico era para el sueño. De otro modo no se entiende que él tan respetuoso de los clásicos, arrojara un día su Quevedo, exclamando con aquella su preciosa vehemencia: “¡Miente! ¡Miente!” , porque tropezó con el siguiente pasaje en *La hora de todos y la fortuna con seso*:

“Quien llamó hermanas las letras y las armas poco sabía de sus abalorios, pues no hay más diferentes linajes que hacer y decir”. ¡Miente, miente! Y el poeta a caballo entraba por la humanidad repartiendo actos que no eran más que otros tantos sueños. Y aún tienen del sueño y del acto puro, el haber sido desinteresados: actos ofrecidos a los demás, actos propiciatorios, actos para el bien de todos, en que se quemaba el combustible de aquella vitalidad desbordada.

¿Dónde hemos hallado el airón de esa barba rubia, los ojos zarcos y el ceño poderoso? Las cejas pobladas de hidalgo viejo, la mirada de certero aguilucho que cobra sus piezas en el aire, la risa de conciencia sin tacha y la carcajada sin miedo. La bota fuerte con el cascabel del acicate, y el repiqueteo del sable en la cadena. Aire entre apolíneo y jupiterino, según que la expresión se derrame por la serenidad de la paz o se anude toda en el temido entrecejo. Allí, entre los dos ojos; allí, donde botó la lanza enemiga; allí se encuentran la poesía y la acción en dosis explosivas. Desde allí dispara sus flechas una voluntad que tiene sustancia de canción. Todo eso lo hemos hallado seguramente en la idea: en la Idea del héroe, del Guerrero, del Romántico, del Caballero Andante, del Poeta de Caballería. Porque todo en su aspecto y en sus maneras, parecía la encarnación de un dechado.

Tronaron otra vez los cañones. Y resucitado el instinto de la soldadesca, la guardia misma rompió la prisión. ¿Qué haría el Romántico? ¿Qué haría, oh, cielos, pase lo que pase y caiga quien caiga (¡y qué mexicano verdadero dejaría de entenderlo!) sino saltar sobre el caballo otra vez y ponerse al frente de la aven-

tura, único sitio del Poeta? Aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día.

Cuando la ametralladora acabó de vaciar su entraña, entre el montón de hombres y de caballos, a media plaza y frente a la puerta de Palacio, en una mañana de domingo, el mayor romántico mexicano había muerto.

Una ancha, generosa sonrisa se le había quedado viva en el rostro: la última yerba que no pisó el caballo de Atila; la espiga solitaria, oh Heine que se le olvidó al segador. 🌾

*Buenos Aires, 9 de febrero de 1930.
20 de agosto de 1930, el día en que había
de cumplir sus ochenta años*

✠ 9 DE FEBRERO DE 1913 ✠

¿En qué rincón del tiempo nos aguardas,
desde qué pliegue de la luz nos miras?
¿Adónde estás, varón de siete llagas,
sangre manando en la mitad del día?

Febrero de Caín y de metralla:
humean los cadáveres en pila.
Los estribos y riendas olvidadas
y, Cristo militar, te nos morías...

Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empellones,
en el afán de poseerte tanto.



Río de Janeiro, 24 de diciembre, 1932

Escritos a la muerte de mi padre es una edición especial que conmemora los 125 años del nacimiento de Alfonso Reyes, primer presidente de El Colegio de México.

El proceso editorial fue llevado a cabo por la Dirección de Publicaciones de El Colegio de México.

Las ilustraciones fueron elaboradas por Emiliano Gironella con la técnica de xilografía con aplicaciones en hoja de oro.

El diseño y la composición estuvieron a cargo de Cristóbal Henestrosa, quien utilizó la familia tipográfica Espinosa Nova.

Se terminó de imprimir en diciembre de 2014 en los talleres de Offset Rebosán, S. A. de C. V.,
Av. Acueducto 115, Col. Huipulco,
14370 México, D. F.





3 9 0 5 0 9 2 5 6 8 5 F

BIBLIOTECA

INVENTARIO 2015

DANIEL COSIO VILLEGAS

